



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**Los Arquitectos de la Pax Hispanica
(1598-1621)**

Luis Francisco Carranza Yáñez

Antonio Cabeza Rodríguez

**Departamento de Historia Moderna, Contemporánea, de
América y Periodismo**

Curso: 2023-2024

Resumen

Este trabajo de fin de grado expone los movimientos geopolíticos más importantes del periodo histórico conocido como Pax Hispanica, empleando como método de análisis las figuras más destacadas de su diplomacia.

Además de acudir a la bibliografía especializada sobre el periodo, que en la actualidad se encuentra en plena revisión, se hace una aproximación a las fuentes documentales, en concreto, las halladas en los fondos del Archivo General de Simancas e Histórico Nacional.

El punto de partida es el puesto alcanzado por la Monarquía de España en Europa, concluyendo que durante el reinado de Felipe III aún puede considerarse en su máximo apogeo. El título del TFG parte del concepto arraigado de Pax Hispanica (que se analiza pormenorizadamente), a la vez que alude a la enorme labor que correspondió a sus embajadores, a quienes se da el título honorífico de “arquitectos”.

Palabras Clave: Pax Hispanica; Diplomáticos; Geopolítica

Abstract

This final degree project exposes the most important geopolitical movements of the historical period known as Pax Hispanica, using the most prominent figures of its diplomacy as a method of analysis.

In addition to going to the specialized bibliography on the period, which is currently being reviewed, an approach is made to the documentary sources, specifically, those found in the collections of the Simancas General Archive and National Historical Archive.

The starting point is the position achieved by the Monarchy of Spain in Europe, concluding that during the reign of Philip III it can still be considered at its peak. The title of the TFG is based on the deep-rooted concept of Pax Hispanica (which is analysed in detail), while alluding to the enormous work carried out by its ambassadors, who are given the honorary title of “architects”.

Keywords: Pax Hispanica; Diplomats; Geopolitics

Índice

Introducción	5
Antes de Aquisgrán	12
Después de Aquisgrán: plenitud.....	25
Conclusión.....	30
Bibliografía.....	33

Introducción

No existe en la historiografía ninguna obra con un título como el de Los Arquitectos de la Pax Hispanica, una metáfora que no trata de aludir al espectacular desarrollo de la arquitectura durante el barroco, sino en la maestría demostrada por los diplomáticos, embajadores y gobernadores del primer cuarto del siglo XVII en un momento tan tenso como era el reinado de Felipe III, una larga serie de personajes fundamentales para entender esta parte de la historia, y a los cuales empleamos para comprender el funcionamiento de la geopolítica de este tiempo.

El título refleja así la metodología empleada para aproximarnos a este momento de la historia, nos encontramos con que los que la exponen suelen dejarse llevar por las grandes gestas de Carlos V o por la magnanimidad del gobierno de Felipe II relegando, muchas veces a un segundo plano, a los llamados Austrias Menores. Incluso dentro de estos siempre se han tenido favoritos, destacándose la esfera artística del gobierno de Felipe IV frente al de su padre y al de su hijo, pero mientras en la actualidad la figura de Carlos II, pese a lo trágico de su gobierno, ha recibido un cierto grado de revitalización, a Felipe III (sujeto principal de este estudio), no parece habersele prestado aún la misma justicia con un estudio renovado de su reinado.

Dentro de las obras más destacables para la elaboración de este trabajo se encontrarían:

Historia de la Diplomacia Española. La Edad Barroca, I. de Miguel Ángel Ochoa Brun, diplomático español que ha escrito una de las colecciones literarias más extensas sobre la historia de la diplomacia española a lo largo de toda su historia, desgranando según el país o la región las distintas aproximaciones diplomáticas españolas.

La Pax Hispanica. Política Exterior del Duque de Lerma. tesis de Bernardo José García García, es otro indispensable a citar por su dominio de la geopolítica del momento, pudiendo enmarcarlo dentro de la visión que más acerba el personalismo de Lerma en este periodo y su enfrentamiento ideológico con muchos de los embajadores.

El Duque de Lerma Realeza y Privanza en la España de Felipe III. De Antonio Feros, se presenta en la línea contraria a la obra anterior, prestando especial detalle a la faceta económica del reinado y aproximándose a la figura del valido no como un personaje siniestro, sino preocupada por el buen gobierno dentro de sus propias líneas ideológicas.

Para concluir, cabe mencionar también la consulta de los documentos de los impulsores de la Pax Hispanica que conservamos en instituciones como el Archivo Histórico Nacional y el Archivo de Simancas.

Por ello desde su concepción, una de las primeras intenciones de este trabajo era acercarnos a esta etapa tan desconocida de nuestra historia y al mismo tiempo de las más particulares y pujantes, sobre todo en el terreno diplomático, en el que se percibe un importante éxito frente a la imagen típica de decadencia que este reinado parece transmitir de nuestro país. El objetivo es realzar el vigor que demuestra la Monarquía de España de Felipe III en este periodo, destacando las más importantes de sus actuaciones, para concluir ofreciendo una nueva imagen de la que se acostumbra a proyectar de uno de los monarcas más grises de la dinastía de los Habsburgo.

Una de las claves a la hora de tratar el tema ha sido la decisión de realizar inicialmente una aproximación al propio concepto de la Pax Hispanica, motivada en gran medida por la enorme diversidad de puntos de vista y teorías que distintos autores han señalado, tratando de buscar aquellos puntos en común con la intención de, por lo menos, partir con unas bases de lo que se buscaba conseguir con la aplicación de estas políticas de pacificación de los conflictos, pero sin llegar a desarrollar una visión preconcebida del periodo que nos lleve a malinterpretar la actuación española, prefiriendo siempre mantener una opinión lo más neutral posible.

De este modo, la primera parte de este trabajo se centrará en exponer lo que a nuestra historiografía le sugieren el enorme abanico de estrategias que el cuerpo diplomático de Felipe III intentaba seguir, arrastrando en su camino al resto de fuerzas que por entonces gobernaban en el continente.

La segunda parte será sobre el papel que algunos de los diplomáticos más destacados del periodo desarrollaron en las distintas fases del gobierno (incluir a todos es demasiado para 80.000 caracteres).

Igualmente, en este periodo destaco una primera fase, un “antes de Aquisgrán”, marcada todavía por la guerra latente en los Países Bajos, coincidiendo con los primeros intentos de sacar a la monarquía de conflictos indeseados. Seguiría un “después de Aquisgrán”, una etapa de afianzamiento de las posiciones hispánicas en el mundo, etapa en la que el estallido de un conflicto en los límites del Milanesado marca, a su vez, dos momentos distintos, uno de plenitud y otro de desafío, cuyo reflejo se traslada directamente al régimen del valimiento.

La mayoría de los estudiosos de este proceso encuadran el periodo de la Pax Hispanica dentro de los casi cinco lustros correspondientes al reinado de Felipe III Habsburgo, que transcurre desde la Paz de Vervins, coincidente con la muerte de su padre Felipe II en 1598, hasta la defunción del mismo Felipe III en 1621 y la conclusión de la Tregua de los Doce Años firmada entre españoles y neerlandeses en 1609.

Responde a una motivación extendida entre la mayoría de las potencias europeas del momento que, tras años enfrascadas en el fragor de la batalla, parecen encaminarse al unísono a un estado de distensión para poner fin a las Guerras de Religión que asolaron el continente durante el siglo pasado para encaminarse a un escenario de tolerancia y libre comercio europeo, pues España defiende con celo su monopolio americano¹. Siendo matizable que no se trata tanto de un periodo de paz generalizado, pues a lo largo de estos veintitrés años la guerra continua en ultramar y dentro de Europa aun así se suceden diversos conflictos entre las naciones europeas, siendo quizás la más destacada el inicio de la Guerra de los Treinta Años en el corazón del Sacro Imperio Romano Germánico la cual acabará por romper definitivamente el estado de quietud; sino a una nueva actitud ante la guerra que busca ser más conciliadora con el fin de evitar una escalada militar como la que acabó sucediendo².

En este sentido, y pese a que muchos autores desde el siglo XVII al XXI emplean indiscriminadamente el término de paz para referirse a este ambiente diplomático, resulta más esclarecedor la palabra quietud, extraída y extendida del término Quietud de Italia, utilizado para referirse a la situación de estabilidad política encuadrada a la península italiana pese a sus continuos conflictos e interferencias³. Quietud que la monarquía de Felipe III parece querer expandir al resto de Europa mediante la fuerza imparable de una Grande Maquina, que en tiempos de guerra había demostrado ser capaz de resistir un enfrentamiento conjunto con el resto de Europa y en tiempos de paz había conseguido dividir la Triple Alianza que la había desafiado estableciéndose a sí misma como un nuevo arbitro entre las potencias igual a como

¹ VV. AA., Tiempo de paces (1609-2009), La Pax Hispanica y la Tregua de los Doce Años, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Fundación Carlos de Amberes, 2009, pp. 26 y 29.

² GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, HERRERO SÁNCHEZ, Manuel y HUGON, Alain (EDS.), El arte de la prudencia. La Tregua de los Doce Años en la Europa de los Pacificadores, Madrid, Fundación Carlos de Amberes / Universidad Pablo de Olavide, 2012, p. 17.

³ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, La Pax Hispanica. Política exterior del duque de Lerma, Leuven, Leuven University Press, 1996, p.85.

anteriormente lo habían sido el Emperador o el Papa, pero esta vez con un poder aparentemente real en el campo de batalla⁴.

¿Quiénes fueron los autores de la Pax Hispanica? Muchos autores insisten en que el proceso de Pax Hispanica fue un fenómeno extendido y compartido entre todas las naciones europeas, contando con defensores y protagonistas de su ejecución en Inglaterra, Francia y los Países Bajos, si bien fue España y la corte de Felipe III el gran centro desde el que se construyó y se redactaron los postulados para erigir este nuevo estado de quietud entre los europeos, ya que España era el reino que había librado hasta entonces, como cabeza indiscutible del bando católico, una guerra abierta contra el resto de los agentes políticos del occidente europeo, bien aliados entre sí o protagonizando su propio conflicto contra la corte hispánica.

Sin embargo, no está tan claro quién, cómo y cuándo se llegó a impulsar la Pax Hispanica. Muchos autores ponen el énfasis en la figura de Francisco de Sandoval y Rojas, I Duque de Lerma, valido de su majestad el rey Felipe III y principal agente político de su corte durante la gran mayoría de su reinado⁵. Muchos estudiosos actuales han centrado su aproximación a la Pax Hispanica en su persona, mientras autores modernos retrataban a su figura como uno de sus principales autores en un intento de rescatar la muy denostada imagen del difunto duque, empañada por los continuos casos de corrupción y de usurpación de poder, poniendo en valor la consecución de un bien tan cristiano como es el de hacer la paz y no la guerra⁶.

No pocos autores señalan en su lugar a otras muchas posturas dentro del círculo de gobierno de Felipe III, siendo también numerosas las voces que durante su reinado le aconsejaban buscar la paz⁷, bien por una razón o por otra, esgrimiendo distintos argumentos, objetivos, así como intenciones para una vez la paz llegara a su fin ese año de 1621, pensado desde un inicio como el momento para reactivar el conflicto con los Países Bajos⁸.

⁴ WILSON, Peter H., *La guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (1618-1630)* vol. I, Madrid, Desperta Ferro, 2018, p. 179.

⁵ ARCÍA HERNÁN, David (ED.), *La Historia sin complejos. La nueva visión del Imperio Español*, Madrid, Actas, 2010, p. 183.

⁶ ALCALÁ-ZAMORA, José y BELENGUER, Ernest (COORDS.), *op. cit.*, p. 57.

⁷ ALCALÁ-ZAMORA, José y BELENGUER, Ernest (COORDS.) *op. cit.*, p. 60.

⁸ ALLEN, Paul C., *Philip III and the Pax Hispanica, 1598-1621*, London, Yale University Press, 2000, p. X.

Curiosamente, no se encuentran autores que defiendan la relevancia o la autoría del propio rey Felipe III en la concepción de la Pax Hispanica⁹, si existen algunos que ponen especial énfasis en su piedad cristiana y la influencia que esta tuvo en el desarrollo geopolítico, sin embargo, si son muchos los que señalan a la figura de su padre el rey Felipe II, a quien diversos autores tratan de presentar como uno de sus precursores, sobre todo a través de su actuación en la Paz de Vervins junto al rey de Francia Enrique II, con quien en la práctica llega a clausurar un acuerdo que será inmediatamente confirmado por su hijo Felipe III.

Este desajuste de apenas tres meses entre el inicio de la Pax Hispanica con la Paz de Vervins (mayo de 1598) y el ascenso al trono de Felipe III (septiembre de 1598) ha servido para poner en duda la extensión y alcance de la Pax Hispanica, pero especialmente el papel de la figura del monarca que se debate entre ser un continuador de la iniciativa de su padre en busca de un acuerdo¹⁰, o un monarca nuevo que busca reavivar el conflicto con el fin de reforzar su imagen frente al pueblo, decantándose al final por cubrirse con la honra de haber hecho la paz con sus propios términos.

¿Pero cuáles fueron sus objetivos? Sin duda, uno de los mayores objetivos durante los primeros años de la Pax Hispanica fue el de ganar honra y prestigio para el joven monarca¹¹, que recientemente ascendido al trono veía su imagen opacada por la firma de una tregua que no ponía fin a la existencia de sus enemigos protestantes y parecía ignorar a sus súbditos rebeldes que no dudan en atentar contra el monopolio americano, motivo por el que muchas de sus actuaciones durante sus primeros años van dirigidas a mostrar la fuerza de la monarquía con el fin de asegurar sus posiciones y de someter a sus enemigos a unos términos de paz más favorables para su figura¹² y para el mantenimiento de la Grande Maquina como ese nuevo arbitro.

Sin embargo, autores de la época y también modernos difieren mucho a la hora de señalar cuál era su principal objetivo geopolítico¹³. Una de las causas más señaladas es la de conseguir una situación más ventajosa para vencer finalmente a los neerlandeses¹⁴, aislándoles

⁹ ALLEN, Paul C., op. cit., p. 4.

¹⁰ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, HERRERO SÁNCHEZ, Manuel y HUGON, Alain (EDS.), op. cit., p. 19.

¹¹ ARCÍA HERNÁN, David (ED.), op. cit., p. 200.

¹² GARCÍA, Bernardo José, op. cit., p.37 y 42.

¹³ ARCÍA HERNÁN, David (ED.), op. cit., pp. 184-185.

¹⁴ WILSON, Peter H., op. cit., p. 182.

de los que hasta entonces habían sido sus mayores apoyos, los británicos, pero también desgastar su situación financiera y política al sofocar un conflicto que hasta entonces les había mantenido unidos¹⁵.

Muy en la línea de lo anterior se marca la política religiosa, percibiéndose intentos de reinstaurar el gobierno católico en el norte, tratando de negociar la ascensión de Jacobo IV al trono de Inglaterra como un monarca católico¹⁶, a imitación de los éxitos del rey Felipe II con el monarca francés Enrique II, lo que junto a la caída del gobierno calvinista de los Países Bajos tras la conclusión de la tregua se consideraba como una recuperación de la potencia católica en el norte Europeo tras un breve repliegue más al sur.

Otros en cambio, visualizan esta maniobra como un auténtico repliegue hacia el sur, para volver a poner el foco de actuación en el Mediterráneo y especialmente en la guerra contra los turcos y el islam, tratando ante todo de blindar definitivamente una península ibérica por primera vez, desde los visigodos, totalmente unificada frente a cualquier tipo de incursión¹⁸.

Igualmente se resalta en este escenario la religión, con fenómenos como la Expulsión de los Moriscos, que algunos historiadores venden como un éxito, mientras otros señalan incluso que favoreció la piratería que obligo a la monarquía a virar al sur¹⁹.

Y por otro se encuentra la actitud vacilante de un rey como era Enrique II en su apoyo al catolicismo a la hora de hacer política, un estado imprevisible en el que se disputaba el apoyo al catolicismo o poner fin al eterno enemigo hispánico, implicando una posible reactivación del conflicto con Francia que como mínimo habría dirigido a la Monarquía de España a un esfuerzo mayor, y como máximo podría haber supuesto la derrota final de los Habsburgo en Flandes²⁰. Ello condiciona a su vez la humillante tregua de los 12 años²¹, y posteriormente la preocupación del gobierno de Felipe III por contener a Francia como demuestran sucesivos tratados como la Paz de Asti y sobre todo asegurar el Camino Español

¹⁵ ALLEN, Paul C., op. cit., p. 238.

¹⁶ VV. AA., op. cit., p.26.

¹⁷ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., p.42.

¹⁸ ALCALÁ-ZAMORA, José y BELENGUER, Ernest (COORDS.), *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001, p. 64.

¹⁹ WILSON, Peter H., op. cit., p. 183.

²⁰ STRADLING, Robert A., *Europa y el declive de la estructura imperial española (1580-1720)*, Madrid, Catedra, 1983, p.63.

²¹ MALTBY, William S., *Auge y caída del Imperio Español*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 160.

Por otro lado, la mayoría de los autores sí coinciden al afirmar que una de las motivaciones principales de los tratados de paz y las treguas englobadas dentro de la Paz Hispánica fueron las financieras y fiscales²²²³. Fronteras cerradas, guerras económicas, piratería y contrabando, asaltos a las rutas comerciales, cierre de mercados... que lastraron la fortaleza de las economías europeas que se enfocaron en sufragar amplias y largas campañas militares que en muchos casos trajeron poca o nula ganancia, un sistema insostenible y perceptible en la gran mayoría de estados, siendo España uno de los más señalados.

La paz, permitiría socavar la piratería, recuperar el control del Cantábrico, el mar del Norte, el Mediterráneo y el monopolio en las rutas a América, destinar recursos dedicados al ejército a otras áreas de inversión y, ante todo, dar a las arcas un respiro necesario después de un siglo en el que España, liderada por su abuelo Carlos V y su padre Felipe II, se había encontrado prácticamente en guerra continua contra el resto de las potencias europeas²⁴.

Por aquel entonces el imperio hispánico, entre sus posesiones europeas, americanas, asiáticas y africanas, superaba mucho en territorio, expansión y recursos al resto de sus vecinos, y eran muchas las voces dentro de la corte que argumentaban como la Monarquía frente al muy próximo colapso económico, debía buscar la forma de hacer la paz o buscar un cese al fuego con el fin de recuperar fuerzas con el objetivo principal de asestar un nuevo golpe, aún más fuerte, al resto de potencias.

Ahora bien, muchos autores difieren a la hora de hacer balance entre estos dos factores. Si bien el agotamiento económico era evidente que influyó, es determinante preguntarse si fue lo que verdaderamente motivó el acuerdo de la paz, o por el contrario la Pax Hispanica se construyó como una reorientación de los intereses de Felipe III. Lo cierto es que todo parecen ser teorías hasta el año 1621, en la que el conflicto con los Países Bajos se ve reactivado y donde se deciden definitivamente cuáles eran los auténticos objetivos de un monarca que no vivió lo suficiente para ver los frutos de su trabajo.

²² VV. AA., op. cit., p. 34.

²³ ARCÍA HERNÁN, David (ED.), op. cit., p. 181.

²⁴ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., p.46.

Antes de Aquisgrán

El 13 de septiembre de 1598 moría el rey Felipe II Habsburgo, cerrando un reinado marcado por una confrontación, aún abierta, contra la alianza formada por Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas. Ese era el legado que su majestad dejaba a su heredero, Felipe III Habsburgo.

El nuevo monarca recibía también un país al borde de una nueva quiebra y en riesgo de ser fatalmente debilitado por la guerra, pero también con una ruta clara hacia una inédita fase de paz en Europa en la que su yerno el archiduque Alberto pasaría a ser soberano de los Países Bajos Españoles; escindiendo así del resto de la Monarquía de España el territorio más conflictivo y caro de la misma²⁵.

El ascenso de Felipe III quiso ser también el de los válidos, intermediarios entre los consejos y el rey. Francisco de Sandoval y Rojas, más conocido como el Duque de Lerma, fue el primer representante de este papel, un hombre que vendría a marcar para siempre la visión de este reinado, más incluso, que lo que conocemos popularmente como Pax Hispanica.

El duque proyecta una sombra sobre el reinado de Felipe III solo comparable a la que proyectaba el difunto rey Felipe II. Sus direcciones marcaron las primeras decisiones de gobierno del joven monarca²⁶, quien se resolvió a apoyar a su yerno el archiduque Alberto en su contienda por reinstaurar la unidad de los Países Bajos, así como a continuar el acercamiento entre las dos ramas de los Habsburgo aceptando, tan solo un mes después del inicio de su reinado, el matrimonio por poderes con su prima segunda la archiduquesa Margarita de Austria²⁷, hermana del emperador Rodolfo II Habsburgo, matrimonio efectuado el 18 de abril de 1599²⁸.

Si bien es cierto que Felipe III inicialmente se mostró tan belicoso como su padre, dando alas a proyectos para invadir Inglaterra y asediar las costas de la República de las Provincias Unidas; pero también es cierto que prontamente recibió consejos de que debía discernir entre aquellos conflictos a los que tenía que poner fin y aquellos con los que debía seguir.

²⁵ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., p. 49.

²⁶ FEROS, Antonio, El Duque de Lerma: realeza y privanza en la España de Felipe III, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 258-261.

²⁷ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, Felipe III: semblanza de un monarca y perfiles de una privanza, Pamplona, Urgoiti Editores, 2009, pp. 70-71.

²⁸ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, op. cit., pp. 72-73.

Con Francia fuera del conflicto desde la firma del Tratado de Vervins (1598), el objetivo claro de Felipe III era recuperar para el archiduque Alberto las provincias rebeldes de los Países Bajos donde, pese al desgaste y al relevo generacional tras la muerte de Guillermo de Orange y de Felipe II, el conflicto parecía estar tan vivo como en sus inicios, pero ahora bajo el liderazgo de Mauricio de Orange Nassau²⁹, quien en julio del año 1600 logró derrotar al archiduque Alberto en Nieuweport, aunque sin lograr un éxito notable.

Todo ello decidió al monarca a reactivar las relaciones diplomáticas con la corona de Inglaterra, después de veinte años de silencio entre ambas naciones. El elegido fue su embajador en Flandes, Baltasar de Zúñiga y Velasco, a quien Felipe III otorgó poderes en 1599 para que negociase en su nombre una paz que con Isabel I aun en el trono resulto imposible³⁰.

La apertura diplomática resulto aun así en un éxito y Zúñiga permaneció en la corte de Londres como embajador, volviéndose un importante informante para la corte de Madrid dando cuenta de la mala salud de la reina Isabel I de Inglaterra que se consumía sin descendencia. Ello no solo reavivaba las esperanzas de un fin para el conflicto, ponía además en la línea de sucesión al monarca Jacobo I, mucho más afín a la fe católica, que abría las puertas a una reconducción pacífica de las islas³¹, pero no todos parecían estar de acuerdo con esta idea³², precisamente el jesuita inglés Joseph Creswell defendía la necesidad de que un rey como Felipe III aplastase militarmente a Inglaterra en alianza con la Santa Sede, los señores irlandeses y los católicos ingleses.

La Monarquía de España se vio inmiscuida en las negociaciones de la paz de Lyon, donde Juan Hurtado de Mendoza, marqués de la Hinojosa, fue enviado para mediar en la Guerra Franco Saboyana (1600-1601), donde su aliado el duque Carlos Manuel I de Saboya fue derrotado por Enrique IV de Francia, poniendo en riesgo la integridad del Camino Español, que resultaba fundamental para poder enviar tropas a los Países Bajos Españoles y continuar la guerra³³. Sin duda Hinojosa realizó una buena labor, siendo recompensado por el duque de

²⁹ FEROS, Antonio, op. cit., pp. 264-265.

³⁰ Archivo Histórico Nacional, Estado, leg. 2798, Exp. 1.

³¹ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., p. 45.

³² GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., p. 47.

³³ CANO DE GARDOQUI SINOBAS, José Luis, La cuestión de Saluzzo en las comunicaciones del Imperio español (1588-1601), Valladolid, Universidad de Valladolid, 1962, pp. 96-102.

Saboya con un título nobiliario y, tras su regreso a la corte, fue acogido bajo el ala del Duque de Lerma como una de sus hechuras.

En el año 1601, la corte se traslada de Madrid a Valladolid³⁴, donde fueron recibidos por el por entonces corregidor de Valladolid Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, quien emprendería una importante actividad para acondicionar la ciudad como digna residencia del monarca³⁵.

“... don Diego tomó posesión del corregimiento de Valladolid el 14 de septiembre de 1602. Los tres años de su gestión fueron decisivos para su futura carrera como diplomático. Efectivamente, pese a las dificultades que suponía el acondicionamiento de la ciudad, convertida en capital de la monarquía (1601), el corregidor tuvo capacidad para superarlas y demostrar al Rey su valía personal. Empezó diversas obras de conservación y saneamiento del recinto urbano, con sentido práctico y funcional, como la limpieza y el empedrado de las calles, el adecentamiento de parques y jardines públicos, el abastecimiento de aguas, la fábrica de puentes, el remate del espolón y la reforma de edificios civiles, del puente mayor y de los accesos a la ciudad³⁶.”

Políticamente, este movimiento responde a un intento del valido por fortalecer su propia posición al lado del rey, alejando a sus rivales dentro de la nobleza madrileña que aún trataban de influir en el monarca³⁷.

Por otro lado, podría argumentarse que esta decisión también pudo influir en la definición de una estrategia respecto a Inglaterra. Así pues, desde el año 1602, Zúñiga enviaba noticias sobre el evidente declive de la salud de Isabel I, provocando que todos los consejeros tomaran posiciones respecto a la conclusión de la guerra con Inglaterra; llegándose incluso a plantear la celebración de una boda entre los príncipes de ambos países, tras el nacimiento de la princesa Ana en el año 1601.

Con el Camino Español asegurado el proyecto de invadir Inglaterra siguió en marcha, alimentado por las pretensiones de forzar al país a someterse a las ambiciones del Consejo o,

³⁴ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, op. cit., pp. 87-88.

³⁵ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, Op. cit., pp. 90-93.

³⁶ MANSO PORTO, Carmen, Don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar (1567-1626): erudito, mecenas y bibliófilo, A Coruña, Xunta de Galicia, 1996, pp. 14-15.

³⁷ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, El marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III: nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2004, pp. 413-416.

incluso, llegar a realizar los mayores sueños de Creswell y deponer a la que fue la mayor enemiga de la iglesia hasta su muerte. Fuera cual fuera el resultado, el mantenimiento de la presión sobre Inglaterra seguía siendo una política beneficiosa para la Monarquía de España.

Sin embargo, se encontró que la situación del archiduque Alberto en los Países Bajos era insostenible, debiendo auxiliar primero a sus fuerzas contra los neerlandeses dirigidos por Mauricio de Orange Nassau. El Consejo de Estado determinó entregar el mando a Spínola, hombre de buena fama pero cuya elección dependió no tanto de su capacidad militar como de su capacidad financiera para surtir a los hombres de alimento, munición y salario en un conflicto que se había enturbiado por la incapacidad recurrente de Felipe II de pagar a sus propios soldados. Situación similar se daría con Pedro Téllez-Girón y Velasco, duque de Osuna, quien también participó en el asedio de Ostende y que sufragó con su patrimonio muchos de los pagos atrasados, que motivaron en parte el motín en Brabante de las tropas del archiduque entre 1603 y 1605.

Este flujo de recursos permitió revitalizar la campaña, siendo el objetivo principal de Spínola capitular la ciudad de Ostende para proseguir con la invasión de Inglaterra³⁸, ya que la plaza era reducto de las fuerzas protestantes de las Provincias Unidas en las costas de Flandes y cuya caída permitiría la liberación de una importante cantidad de hombres además de obtener una plaza fundamental desde donde embarcar las tropas para la invasión.

La campaña rápidamente cambió de rumbo, la reina Isabel I murió y su trono recae en Jacobo Estuardo³⁹. El camino a la paz entre ambas naciones quedaba allanado si bien los esfuerzos de la Monarquía de España no consiguieron reinstaurar el catolicismo en Inglaterra, y esta no lograba frenar el empuje de los Habsburgo⁴⁰.

El acuerdo de paz se firmó el 28 de agosto de 1604 en la ciudad de Londres, reuniéndose las delegaciones de Inglaterra con las de la Monarquía de España y los Países Bajos Españoles por separado, acordándose como bases mínimas⁴¹: El fin del auxilio militar y económico inglés a las Provincias Unidas; el fin del asedio al transporte marítimo hispano en el Canal de la

³⁸ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., pp. 42-43.

³⁹ FEROS, Antonio, op. cit., p. 270.

⁴⁰ ALCALÁ-ZAMORA, José N., España, Flandes y el Mar del Norte: (1618-1639): la última ofensiva europea de los Austrias madrileños, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 138-139.

⁴¹ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., p. 63.

Mancha y el Atlántico, incluyendo el fin de la financiación de corsarios; y una mayor apertura al comercio inglés en las Indias.

Para el día de la firma Zúñiga ya había abandonado la embajada, habiéndose ganado con sus informes la aprobación del rey Felipe quien necesitaba de un hombre de confianza para enviar a la corte de París, una fuerza mucho más poderosa que intentaba extender sus influencias en Flandes y dentro del propio Imperio, interviniendo en contra de la Monarquía de España.

Por otro lado, encontramos a Íñigo Vélez de Guevara y Tassis, conde de Oñate, situado en la embajada de Saboya para reforzar las relaciones entre Felipe III y su cuñado el duque Carlos Manuel I de Saboya después del desastre de la Guerra Franco Saboyana (1600-1601), en la que la Monarquía de España no intervino directamente debido a lo acordado con Francia en Vervins.

Al otro margen del Po encontramos la República de Venecia, estado del que se tenía la certeza de que conspiraba contra la Monarquía de España librándose una auténtica guerra bajo la mesa utilizando a los corsarios uskokes. Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos e Íñigo de Cárdenas y Zapata, Señor de Loeches fueron posicionados en la embajada en un intento de fortalecer los vínculos con su red de informantes, al tiempo que se hicieron intentos por reconciliarse con el dux, empleando el apoyo de Zúñiga desde París y de Oñate desde Saboya.

“Dada la proximidad de Venecia a los grisonos, Enrique IV se propuso arrancarla un gesto enérgico para envalentonar a sus aliados montañeses e inducirles contra toda negociación... La República contestó a Francia que la manera de asegurar un contacto en la Valtelina consistía en no provocar una acción española capaz de ocupar el valle y de cerrarlo (2 de junio de 1604). Cárdenas se alegró de su acierto al predecir a su Rey que Venecia no se movería⁴².”

El fin del conflicto con Inglaterra en agosto de 1604 alivió la presión sobre Flandes. Al mes siguiente, tras un largo asedio, Spínola rindió la plaza de Ostende⁴³ concluyendo una campaña exitosa. La llegada de las noticias de la paz motivó el surgimiento de nuevos planes para reconducir la guerra en los Países Bajos.

⁴² CORRAL CASTANEDO, Alfonso, España y Venecia (1604-1607), Valladolid, Universidad de Valladolid, 1955, p. 9-10.

⁴³ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., pp. 38-39 y pp. 53- 54.

El mismo general Spínola acudió a la corte de Valladolid a presentar al rey Felipe un plan para llevar el frente de batalla a los territorios del norte, siendo nombrado Maestre de Campo General de los Ejércitos de Flandes y Superintendente General de la Hacienda.

Tras su partida de Valladolid cruzó el Rin lanzando un ataque sorpresa sobre Frisia⁴⁴, logrando casi aislar a las Provincias Unidas de sus aliados en Alemania⁴⁵, pero la resistencia de los neerlandeses fue amparada por la lluvia, que dificultó el avance.

Spínola se vio obligado a volver a Valladolid para buscar el modo de reconducir la guerra. El problema más acuciante era la falta de pago de las tropas. Una nueva bancarrota de la Monarquía de España en 1607 hizo evidente que ambos bandos estaban agotados, y las posturas para llegar a una tregua se alinearon⁴⁶. Una medida apoyada por el propio Spínola junto al archiduque Alberto frente a la oposición del duque de Osuna⁴⁷.

Poco después la corte se trasladó nuevamente a Madrid⁴⁸. Este movimiento había dado al duque de Lerma el tiempo y el patrimonio necesario⁴⁹ para formar una camarilla de privados que ocupasen los cargos de gobierno⁵⁰, más en este intento había cometido varios errores:

No supo controlar a la reina Margarita de Austria⁵¹, la única persona con más acceso al monarca que el propio valido⁵².

En 1603 Lerma había conseguido nombrar a Catalina de Zúñiga, madre del duque de Lemos, como camarera mayor de la reina⁵³, pero los embajadores alemanes de la corte convencieron a la reina para aliarse con el grupo antilermista, convirtiéndose así, desde la propia

⁴⁴ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., pp. 55-60.

⁴⁵ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., p. 46.

⁴⁶ ALLEN, Paul C., Felipe III y la pax hispanica, 1598-1621: el fracaso de la gran estrategia, Madrid, Alianza, 2001, p. 291.

⁴⁷ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., pp. 65-66.

⁴⁸ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, op. cit., pp. 92-93.

⁴⁹ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, op. cit., pp. 87-88.

⁵⁰ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, op. cit., pp. 392-393.

⁵¹ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, op. cit., pp. 94-99.

⁵² MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, op. cit., p. 395.

⁵³ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis y GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1997, p. 165.

corte, en una de las principales denunciantes del valido⁵⁴. El rey y la corte conocían que muchos de los privados de Lerma estaban malversando los recursos de la administración fiscal, en un momento en que los recursos para financiar la guerra en Flandes escaseaban⁵⁵.

“En un billete a Franqueza fechado el 29 de julio, Lerma indicaba que las deudas estaban aumentando de forma incontrolable, «hoy mientras todos somos testigos de la total ruina de Castilla», algo que, aseguraba, le causaba gran preocupación y pena. Este billete mostraba que la actitud de Lerma y a sus dos criaturas estaba cambiando⁵⁶.

La respuesta del monarca tampoco dejaba lugar a dudas: “Ordeno al duque de Lerma que se detenga a Pedro Franqueza” una orden que se ejecutó 2 días después como el 20 de enero de 1607⁵⁷.”

Como consecuencia en diciembre de 1606 cayó Alonso Ramírez de Prado, miembro del Consejo de Castilla, seguido en 1607 por Pedro Franqueza y Esteve, miembro de la Secretaría de Estado. Solo Rodrigo Calderón, el nuevo favorito del valido, sabría resistir en el poder durante unos años más como Secretario de Cámara del Rey⁵⁸.

El duque tampoco supo frenar a Zúñiga, quien en 1607 abandonó Paris trasladándose a la corte para pleitear con el conde de Lemos, logrando formar peligrosas alianzas con el conde de Olivares, Enrique de Guzmán y Ribera⁵⁹.

Después de Aquisgrán: afianzamiento

En un intento de reforzar su presencia en los Países Bajos, la diplomacia de Felipe III comenzó a implicarse más activamente dentro de la política del Sacro Imperio, después de lustros marcados por el aislamiento entre las dos casas de los Habsburgo. Todo un triunfo de las fuerzas de la reina Margarita frente a Lerma, de tendencias más aislacionistas. Éxito especialmente remarcado cuando se dispuso de Zúñiga para ocupar la embajada de Praga en 1607:

⁵⁴ FEROS, Antonio, op. cit., pp. 317 y 320.

⁵⁵ FEROS, Antonio, op. cit., pp. 312-313.

⁵⁶ FEROS, Antonio, op. cit., p. 318.

⁵⁷ FEROS, Antonio, op. cit., p. 321.

⁵⁸ FEROS, Antonio, op. cit., pp. 325-326.

⁵⁹ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, op. cit., p. 444.

Zúñiga desarrollaría una labor al nivel de sus credenciales, tanto en Flandes como en París. Se le demandaba la defensa a toda costa del catolicismo frente a los príncipes protestantes a los que neutralizó, bien diplomáticamente o bien por medios más forzosos, con el fin de sostener el proyecto de guerra de Spínola en los Países Bajos.

Ese año de 1607 Zúñiga fue sustituido como embajador en París por el señor de Loeches, quien encontró en la corte francesa un clima lleno de tensiones entre hugonotes, católicos pro-franceses y católicos pro-hispánicos⁶⁰, estos últimos aun de gran relevancia pese a años de conspiraciones que les granjearon la oposición de rey. Loeches buscaría ganarse el apoyo de la facción pro hispánica en un intento de reconstruir una red de informadores que le permitiesen conocer e interferir en los movimientos del monarca galo, quien seguía apoyando a los rebeldes neerlandeses.

Por último, si Zúñiga abandonaba París para trasladarse a Praga y Loeches abandonaba Venecia para trasladarse a París, la embajada de Venecia acabó siendo ocupada por el marqués de Bedmar⁶¹, quien llegaba a su puesto, también en 1607 y en un contexto de gran tensión con la reciente conclusión del Interdicto Veneciano que enfrentó al papado y la Monarquía de España contra la Serenísima y Francia⁶². Y que, ante la mayor preparación hispana para el conflicto, Enrique IV resolvió buscando un compromiso que evitase la contienda.

“El duque de Lerma se volcó sobre el expediente diplomático de conseguir, a través del Pontífice, que Enrique IV se abstuviese de intervenir en Italia, cuando se le devolviese el marquesado de Saluzzo. Sobre tal supuesto, el duque de Sessa había continuado sus negociaciones con Clemente VIII⁶³.”

Ante esta resolución, la reacción hispánica en Italia pasó a ser una política de presión, tanto contra la República de Venecia como contra el Ducado de Saboya de Carlos Manuel I, quien después de ser derrotado había hecho auténticos esfuerzos por reconciliarse con Francia.

⁶⁰ STRADLING, Robert A., *Europa y el declive de la estructura imperial española 1580-1720*, Madrid, Cátedra, 1983, p. 83.

⁶¹ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. La Edad Barroca I*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1990, p. 46.

⁶² GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, *op. cit.*, pp. 80-81.

⁶³ CANO DE GARDOQUI SINOBAS, José Luis, *op. cit.*, p. 100.

Esta reconfiguración de las redes diplomáticas españolas⁶⁴ demostró tener una gran capacidad operativa en eventos relevantes como, por ejemplo, el ascenso de Matías I al trono de Austria y Hungría en el año 1608, ante la creciente debilidad mental de su hermano el emperador Rodolfo II, quien pese a ser apartado del poder mantendría este título hasta su muerte en 1612⁶⁵.

El ascenso de Matías I fue recibido con recelo por parte de Zúñiga, quien no confiaba en el compromiso con el catolicismo del nuevo monarca ya que este empezó a realizar concesiones a las ligas protestantes⁶⁶ para asentarse en el poder. Zúñiga, en un intento de contrarrestar esta influencia, llegó a disponer de una importante suma de recursos para socorrer económicamente al rey y evitar que se pasase al bando protestante.

Las disputas territoriales entre los cuatro monarcas también fueron continuas entre las cortes de Madrid y de Viena y se exacerbaban con la inmediatez de la crisis sucesoria sin llegar a resolverse. Por otro lado, la destitución de Rodolfo II dejó nuevamente abierta la disputa sobre el título de Rey de Romanos, pues ninguno tenía hijos y las divisiones internas entre las tres casas de la dinastía Habsburgo amenazaban con desestabilizar su control⁶⁷, falla que Enrique IV explotó presentando su candidatura, requiriéndose una férrea oposición por parte de Loeches y de Zúñiga⁶⁸.

Magistralmente, este último⁶⁹ supo alinear los intereses de los distintos monarcas durante toda la disputa, permitiendo un mayor acercamiento que culminó el 27 de diciembre de 1612 un pacto que renovaba la fraternal concordia entre Matías I, el archiduque Alberto y Felipe III con el objetivo de garantizar que Matías I tomase la corona imperial.

Pese a los éxitos iniciales de la diplomacia hispánica y de la campaña de Spínola en 1607, estos no fueron capaces de derrotar definitivamente a los neerlandeses. Además, Francia había conseguido llevar a la Monarquía de España a un estado de lance, en el que terminar con el conflicto se volvió una necesidad acuciante para la corte de Felipe III, quien se veía incapaz de rematar a los rebeldes calvinistas.

⁶⁴ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, op. cit., p. 440.

⁶⁵ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., pp. 147-148.

⁶⁶ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., pp. 199-200.

⁶⁷ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., pp. 186-189.

⁶⁸ Archivo General de Simancas, Estado, leg. 1435, f. 48.

⁶⁹ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 201.

En 1608 se le encomendó a Pedro de Toledo Osorio, marqués de Villafranca, una misión como embajador extraordinario en un intento de ganarse el apoyo de Enrique IV para llegar a una tregua en los Países Bajos⁷⁰. Pero una actuación desmedida, sugiriendo un triple matrimonio entre los herederos de ambos monarcas⁷¹, provocó que fuera retirado dejando actuar al embajador ordinario, el señor de Loeches⁷².

Mas este incidente demostró la predisposición de Enrique IV de reiniciar hostilidades⁷³ después de diez años de paz que el monarca galo había aprovechado bien, consiguiendo imponer su autoridad sobre un país que empezaba a vivir el despertar de su industria frente a una Monarquía de España, cuya hacienda se estaba viendo enormemente afectada por la guerra y la inflación causada por la introducción de grandes cantidades de vellón de cobre.

Por un lado eran muchos los que veían la necesidad de llegar a la paz, así lo hacían el archiduque Alberto y Spínola⁷⁴ que coincidían con el Duque de Lerma, quien después de la caída de Alonso Ramírez de Prado y de Pedro Franqueza y Esteve no se encontraba en su mejor momento.

En oposición, figuras como el duque de Osuna (hombre igual de experimentado en la realidad de los Países Bajos Españoles) se negaron ardientemente a la rendición, informando sobre lo pernicioso de esta decisión. Osuna encontró en esta contienda el respaldo del hijo del valido, Cristóbal de Sandoval y Rojas, duque de Uceda; con quien llegó a formalizar una alianza matrimonial.

Sin embargo, el valido supo aprovechar muy bien los sucesos de la corte. En diciembre de 1608 murió el confesor real, momento que Lerma aprovechó para disponer de un dominico de su confianza, fray Luis de Aliaga, para ocupar el puesto vacante, llevando a su terreno uno de los puestos más influyentes sobre el monarca⁷⁵, quien se vio finalmente inclinado a seguir el camino marcado por el grupo que buscaba la paz.

La Tregua de los Doce Años se firmó finalmente el 9 de abril de 1609 en Amberes, acordando un congelamiento del conflicto en Europa, no concretando nada de los territorios

⁷⁰ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., pp. 64-65.

⁷¹ ALLEN, Paul C., op. cit., p. 292.

⁷² ALLEN, Paul C., op. cit., p. 307.

⁷³ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., pp. 38-39.

⁷⁴ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., pp. 69-70.

⁷⁵ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, op. cit., pp. 107-110.

ultramarinos donde los neerlandeses seguirían realizando incursiones. Se realizaron algunas concesiones, permitiendo a las Provincias Unidas comerciar con el resto del continente e incluso con Las Indias. En cambio, la Monarquía de España no consiguió acceso comercial al río Escalda y, lo más importante, no consiguió que se tolerase el culto católico en el norte.

La tregua se vio con optimismo en un sector de la población, así como en la esfera internacional que esperaba que este acuerdo condujese a una paz definitiva, pero dentro de la Monarquía de España, podemos percibir una profunda decepción por gran parte de la nobleza y de los niveles más populares estando convencidos, un buen porcentaje de ambas clases, de que hubiera sido mejor proseguir con la lucha⁷⁶.

En un intento de apaciguar el descontento popular se procedería a la expulsión definitiva de los moriscos⁷⁷. Muy polémico internacionalmente, según varios historiadores supuso además un gran error, pues los moriscos eran una comunidad numerosa y pujante económicamente, que pasó a nutrir las naves piratas de los estados berberiscos.

Pese a todo fue ampliamente celebrado por el pueblo al eliminar a un sector de la población que levantaban muchos recelos por su pasado islámico. No suscitó los mismos éxitos entre la nobleza, surgiendo un grupo encabezado por figuras como Zúñiga u Olivares, conocida como los reputacionistas, enfrentados a los lermistas que por contraposición eran los pacifistas⁷⁸.

Como colofón, el propio corrillo de Lerma mostró signos de desintegración:

Jerónimo de Florencia, jesuita al que Lerma hábilmente había posicionado como confesor de la reina Margarita, terminó apoyando al grupo antilermista, convirtiéndose en un nexo entre su enemiga política y una de las órdenes más influyentes del mundo, logrando rápidos avances para ganarse también el favor de Felipe III.

Su primogénito, el duque de Uceda, con quien ya mantenía una tensa relación después de cuatro años de enfrentamientos políticos, acabó convirtiéndose definitivamente en otro de sus rivales, encontrando en Luis de Aliaga, el confesor de Felipe III, un importante aliado para hacer la oposición a su padre⁷⁹.

⁷⁶ ALCALÁ-ZAMORA, José N., op. cit., p. 141.

⁷⁷ STRADLING, Robert A., op. cit., p. 79.

⁷⁸ ALCALÁ-ZAMORA, José N., op. cit., p. 144.

⁷⁹ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, op. cit., pp. 111-113.

Pocos meses después de la firma de la Tregua de Amberes estalló en Renania la crisis sucesoria del ducado de Clèves-Juliers que enfrentó nuevamente a católicos y protestantes⁸⁰. El emperador Rodolfo se entrometió en el conflicto reclamando el derecho a designar al nuevo duque, mientras desde París el señor de Loeches informó a la corte del interés de Enrique IV por intervenir en el conflicto, incluso animando a los neerlandeses a romper la tregua en defensa de sus aliados.

El embajador supo maniobrar, elevando sucesivas presiones contra el monarca galo entre sus partidarios, pero todo dio un giro cuando el 14 de mayo de 1610 François Ravaillac acabó con la vida de Enrique IV⁸¹.

El heredero del trono fue el joven Luis XIII, cuya minoría de edad obligó al establecimiento de su madre María de Medici como regente. De esta forma, en un solo día, se había conseguido anular al que fue la única fuerza capaz de rivalizar con Felipe III, ya que ante la inestabilidad la reina favoreció la paz con la Monarquía de España⁸². Pese al éxito, la imagen del diplomático quedó comprensiblemente dañada, siendo remplazado poco después por Gómez Suárez de Figueroa y Córdoba, duque de Feria, una cara nueva que llegó a la corte parisina para minimizar tensiones durante la sucesión⁸³.

“Había motivos para sospechar de las verdaderas intenciones francesas. El Embajador Don Iñigo de Cárdenas había sabido del proyecto de Enrique IV de casar a su hijo con la heredera del Ducado de Lorena. El duque de Feria debía estorbar tales planes, si subsistían en el ánimo de la Regente, favoreciendo más bien un enlace de Lorena con España, y aún más había de impedir el posible enlace francés con Saboya, tan peligroso para España⁸⁴.”

Este suceso coincidió con importantes cambios en la gobernación de Italia:

El conde de Lemos, fiel aliado de Lerma, fue nombrado como virrey de Nápoles, dirigiendo una necesaria política de reducción de gastos muy acorde con el gobierno, reorganizando la contabilidad y modernizando el sistema judicial.

⁸⁰ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., pp. 71.

⁸¹ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 46.

⁸² OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 47.

⁸³ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 46.

⁸⁴ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 47.

Sin embargo, la dinámica general fue el reforzamiento del círculo del duque de Osuna, nuevo virrey de Sicilia⁸⁵, cuyas conexiones con Uceda y el rey le permitieron sortear el influjo del valido para dirigir un proyecto de expansión naval⁸⁶ para enfrentarse a las fuerzas turco-berberiscas en el Mediterráneo⁸⁷. Con esta apuesta logra una importante victoria en el Peloponeso consiguiendo ampliar su autoridad en la región pese a la oposición del Consejo de Estado, estableciendo un triunvirato junto al marqués de Bedmar en Venecia, y el marqués de Villafranca, ascendido a gobernador general de Milán en 1611 tras dirigir la toma del presidio marroquí de Larache⁸⁸.

Por su parte Lerma, aun debió encajar otro duro golpe, el 3 de octubre de 1611 murió la reina Margarita⁸⁹ lo que sumió a Felipe III en una profunda tristeza que marcaría los últimos años de su gobierno⁹⁰. Figuras como Jerónimo de Florencia utilizaron su muerte para arremeter contra el duque, implorando al rey que se deshiciese finalmente de él, mas el favor real le salvó una última vez.

Pese a todo, esta parte de su reinado es cuando la Monarquía de España consigue algunos de sus mayores éxitos:

El 30 de abril de 1611 el señor de Loeches culminó la firma del Tratado de Fontainebleau entre la Monarquía de España y Francia, acordando un doble matrimonio: el del Príncipe de Asturias Felipe IV de Habsburgo y la princesa Isabel de Borbón, y el del joven rey Luis XIII de Borbón y la infanta Ana Mauricia de Habsburgo⁹¹. Este movimiento no solo reafirmaba el predominio de los católicos en Francia, sino que acercaba una reconciliación entre las dos monarquías más poderosas de Europa ante un posible enfrentamiento contra los protestantes.

⁸⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis y GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, op. cit., p. 395.

⁸⁶ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis y GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, op. cit., pp. 410-417.

⁸⁷ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis y GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, op. cit., p. 548.

⁸⁸ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis y GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, op. cit., pp. 446-450.

⁸⁹ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, op. cit., p. 95.

⁹⁰ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, op. cit., p. 122.

⁹¹ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 56.

Reflejo de este éxito es una carta enviada por el embajador español en Génova, Juan Vivas de Cañamás, en la que detalla a su majestad la llegada a las diversas cortes italianas de las noticias sobre el enlace matrimonial⁹².

El duque de Osuna conseguiría otro éxito frente a los turcos en Túnez en el año 1612, dando a Felipe III una victoria al nivel de su admirado abuelo, y al año siguiente el duque le obsequió su triunfo más importante en la batalla de Cabo Corbo, una victoria que le equiparaba a su padre Felipe II siendo comparada con la batalla de Lepanto.

Paralelamente en 1613 el conde de Gondomar, figura con la que Lerma había coincidido durante la estancia de la corte en Valladolid y que llevaba años ascendiendo en la corte hasta los puestos más altos, es enviado por el rey a la corte de Londres como embajador, desarrollando una de las actividades diplomáticas más exitosas del reinado de Felipe III: llegó a granjearse la amistad de Jacobo I de Inglaterra, consiguiendo mejorar notablemente las condiciones de vida de los católicos ingleses, y persuadir al rey de reducir la piratería, siendo uno de sus mayores éxitos la ejecución del pirata Raleigh.

Y por último, en 1614 Alberto Spínola intervendría decisivamente en la Crisis de Sucesión de Juliers-Cléveris tomando varias plazas clave que obligaron al enemigo a firmar el Tratado de Xanten, texto muy influido por el deseo de la Monarquía de España y de las Provincias Unidas de no romper la Tregua de Amberes, llegando a un reparto igualitario que acabó asegurando para los católicos territorios fundamentales, tanto para los Habsburgo del Sacro Imperio como para los Habsburgo de los Países Bajos Españoles.

Después de Aquisgrán: plenitud

Dentro de los pocos fracasos que se verían durante esta época encontramos la Guerra de Sucesión del Monferrato (1613 -1617), conflicto que derivó en una disputa entre el ducado de Saboya y la Monarquía de España liderado desde la gobernación general de Milán⁹³, puesto al que Lerma había destinado al marqués de Hinojosa⁹⁴, uno de sus hombres de confianza.

La batalla parecía muy desigual: con el pequeño ducado enfrentándose en solitario a la Grande Maquina, y Lerma que parecía plenamente implicado pese a su acusado “pacifismo”.

⁹² AGS, Estado, leg. 1435, f. 171.

⁹³ STRADLING, Robert A., op. cit., pp. 79-80.

⁹⁴ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 139.

Sin embargo, lo que debió ser una campaña fácil se tornó en una humillación debido a la nefasta actuación de Hinojosa, quien se vio obligado a detener su avance varias veces.

Para el 29 de noviembre de 1614, el señor de Loeches ya se encontraba escribiendo a Felipe III sobre las relaciones para conseguir la paz con el ducado de Saboya. Poco más de medio año después, y tras lograr por fin una victoria, el marques se decidió por abrir unas negociaciones de paz en Asti⁹⁵, a las que, además, invitó al embajador de Francia como mediador, lo que representó una enorme pérdida de influencia en la región, haciendo de la conocida Paz de Asti un asunto embarazoso para la administración de Lerma y Felipe III al exponer a ojos del mundo la vulnerabilidad de las posesiones italianas⁹⁶.

La llamada Paz de Asti reabrió en la corte la disputa entre los lermistas y su oposición, entre los que encontramos a la camarilla de su hijo, el duque de Uceda⁹⁷, opuesta a la acumulación de poder de su padre y a sus políticas de corrupción, así como a los reputacioncitas, encabezados por Zúñiga, que demandaban una actuación más contundente; punto en el que coincidían con el duque de Osuna que se volvió uno de los hombres más poderosos de toda la Italia al ascender a virrey de Nápoles en 1615⁹⁸, puesto desde donde encabezó un triunvirato que defendía desoír lo estipulado en Asti y elevar la presión sobre Venecia, inmersa en la Guerra Uskoke (1615 - 1617) contra los corsarios uskokes y el Sacro Imperio de Matías I⁹⁹, en la que además el duque de Osuna acabó interviniendo¹⁰⁰.

La consecuencia más directa fue la destitución de Hinojosa, un nuevo golpe para el régimen lermista, perdiendo a uno de sus seguidores más importante que además fue relevado por el marqués de Villafranca, gran aliado del duque de Osuna¹⁰¹, tal y como informaba el duque de Tursi, a Felipe III en una carta el 19 de noviembre de 1615¹⁰².

“La misión que don Pedro llevaba a Milán se puede resumir así: si el duque de Saboya cumplía puntualmente lo que había ofrecido en el tratado, España no podría excusar el

⁹⁵ AGS, Estado, leg. 1436, f. 153.

⁹⁶ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., pp. 140-141.

⁹⁷ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, op. cit., pp. 444.

⁹⁸ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis y GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, op. cit., p. 536.

⁹⁹ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 146.

¹⁰⁰ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 147.

¹⁰¹ STRADLING, Robert A., op. cit., p. 80.

¹⁰² AGS, Estado, leg. 1437, f. 138.

cumplimiento de lo que Hinojosa había prometido, pues obrar de otro modo supondría provocar la enemistad de Francia (en vísperas de los matrimonios) y de los Estados italianos; pero sí, como era más probable, Carlos Manuel demoraba con excusas la realización de lo pactado -no hay que olvidar que el duque debía ser el primero en cumplir-, Villafranca debería proceder con toda energía para remediar en todo lo posible el desventajoso tratado. Puesto que había fallado con el duque la política de comprensión, que solo había sido interpretada por éste como un signo de debilidad, ahora se emplearía la política de mano dura¹⁰³”.

“El marqués de Bedmar expresaba desde Venecia con toda precisión el sentir de los príncipes italianos ante el cambio de gobernador en el Milanésado, al afirmar que los enemigos de España sentirán la llegada de Villafranca y Carlos Manuel la marcha de Hinojosa al que ya conocía y no temía en absoluto¹⁰⁴”.

La guerra contra Saboya no se hizo esperar, reanudándose las hostilidades en 1616, si bien el estado financiero de Milán impidió al marqués de Villafranca hacer avances notables, además poco después recibió un comunicado del duque de Tursi, informándole de la ayuda que el ducado de Saboya estaba recibiendo de los rivales regionales de la Monarquía de España, Francia y Venecia, realidad que solo se recrudeció cuando en 1617 Luis XIII de Francia¹⁰⁵, después de dar un golpe de estado en contra de su madre, pasó a apoyar a los saboyanos, creándose una amenaza externa mucho más potente a la que Villafranca hubo de hacer frente, teniendo además que enfrentarse a las instituciones milanesas que conspiraban para destituirlo.

Nuevamente el duque de Tursi informaba al secretario del Consejo de Estado sobre la incapacidad del gobernador general de Milán de conducir la guerra¹⁰⁶, sin embargo, y pese a la férrea oposición con la que contaba en Madrid tanto como en Milán, la prudente campaña de Villafranca culminó en julio de ese año con una importante ofensiva que permitió la toma de Vercelli, plaza fundamental al permitir el control del paso a través de los Alpes¹⁰⁷.

¹⁰³ BOMBÍN PÉREZ, Antonio, La cuestión de Monferrato, (1613-1618), Vitoria, Colegio Universitario de Álava, 1975, p.174.

¹⁰⁴ BOMBÍN PÉREZ, Antonio, op. cit., p.174.

¹⁰⁵ AGS, Estado, leg. 1933, f. 229.

¹⁰⁶ AGS, Estado, leg. 1933, f. 403.

¹⁰⁷ AGS, Estado, leg. 1934, f. 117.

La monarquía demostraba su fuerza y esta victoria llegó acompañada poco después por un nuevo éxito diplomático coordinado por Zúñiga y el conde de Oñate, aliado suyo, que había ascendido a la embajada de Praga tras una reputada carrera en las cortes de Saboya y Hungría¹⁰⁸.

Ambos personajes maniobrarían en la turbulenta crisis sucesoria de los Habsburgo del Sacro Imperio¹⁰⁹, que con el declive de la salud de su hermano Matías I se enfrentaba a su extinción¹¹⁰. Así, Felipe III quedaba como el candidato más fuerte para ocupar el trono, pero el nuevo sucesor prometía ser el futuro Fernando II de los Habsburgo Estira.

En este contexto Oñate rescató varias de las reclamaciones territoriales que su homólogo había disputado sin éxito, pero esta vez supo alcanzar un acuerdo que contentase a ambos candidatos: Felipe III renunciaba a los Reinos de Hungría y Bohemia, a cambio Fernando II desistió de sus derechos sobre dichas reclamaciones, territorios como el Finale Ligure o Piombino, en su mayoría territorios limítrofes que aseguraban el mantenimiento del Camino Español, evitando la interferencia de la belicosa Saboya¹¹¹.

El Tratado de Oñate¹¹² permitió coordinar a las fuerzas católicas en Centroeuropa, un éxito que laureó la figura del embajador, quien permanecería en el imperio mientras Zúñiga fue nombrado miembro del Consejo de Estado, gracias al apoyo del duque de Uceda y el conde de Olivares.

Ello coincidió pocos meses después con la ratificación de la paz con Saboya, la Monarquía de España recuperaba su honra, pero sin llegar a cumplir ninguna de las ambiciones expansionistas¹¹³. Estos resultados solo aceleraron la anunciada caída de Lerma, quien desprestigiado terminó siendo derribado durante la “Revolución de las Llaves” de 1618. Su consecuente inestabilidad fue rápidamente zanjada por Felipe III, quien aupó al duque de Uceda como su nuevo valido¹¹⁴.

Ese año de 1618 empezó el colapso del triunvirato de Osuna:

¹⁰⁸ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 202.

¹⁰⁹ STRADLING, Robert A., op. cit., p. 83.

¹¹⁰ GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, op. cit., pp. 74-78.

¹¹¹ AHN, Estado, leg. 2798, Exp. 22.

¹¹² ALCALÁ-ZAMORA, José N., op. cit., pp. 144-145.

¹¹³ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., pp. 147-148.

¹¹⁴ STRADLING, Robert A., op. cit., p. 99.

El marqués de Bedmar se vio forzado a retirarse de su puesto en Venecia (por los recelos de la conocida como Conjura de Venecia¹¹⁵), huyendo a Milán donde su aliado el marqués de Villafranca le auxilió¹¹⁶ hasta ser finalmente destinado a la corte del archiduque Alberto para contrarrestar la influencia de Ambrosio Spínola.

Por su parte el marqués de Villafranca llevaría a efecto el tratado de paz con Saboya, entregando la plaza de Vercelli., Poco después sería sucedido por el duque de Feria, hombre diligente que supo aprovechar el agotamiento de Francia y Saboya, tomando la plaza suiza de la Valtelina¹¹⁷, otro de los enclaves fundamentales para el mantenimiento del Camino Español y en cuya disputa Zúñiga se vio implicado como diplomático¹¹⁸.

El duque de Osuna fue quien más resistió, manteniéndose en el poder hasta 1620 cuando finalmente decidió dejar su cargo ante las recomendaciones del duque de Uceda, que se convirtió en su consuegro tras el matrimonio de sus respectivos hijos.

Uceda debió hacer frente a las tensiones en el Imperio, auxiliando al emperador Fernando II en contra de las Ligas Protestantes¹¹⁹, mientras desde Parga Oñate animaba a la formación de una Liga Católica armada por la Monarquía de España.

Se acercaba además el fin de la Tregua de Amberes y, con ambos bandos decididos a reiniciar las hostilidades¹²⁰, los reputacionistas buscaban adelantarse al conflicto asegurando el aislamiento diplomático de las Provincias Unidas¹²¹. Con este objetivo se envió al conde de Gondomar a la Inglaterra de Jacobo I, rey igual de interesado en evitar el conflicto europeo, abogando incluso por acercarse a los Habsburgo mediante un enlace matrimonial entre los príncipes de ambas dinastías.

“El negocio más urgente era el del Palatinado. La misión de Gondomar consistía en atraer al monarca inglés hacia los Habsburgo, para que éste se mantuviese apartado de su yerno, el elector palatino Federico, luterano como él, y no le prestase apoyo en la guerra que había declarado a Alemania en unión de Holanda. El marqués de Bedmar, embajador de

¹¹⁵ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., pp. 149-150.

¹¹⁶ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 151.

¹¹⁷ STRADLING, Robert A., op. cit., pp. 84 y 103.

¹¹⁸ Archivo Histórico de la Nobleza, Osuna, CT. 5, D. 11(1-12).

¹¹⁹ ALCALÁ-ZAMORA, José N., op. cit., pp. 145-146.

¹²⁰ ALCALÁ-ZAMORA, José N., op. cit., pp. 148-150.

¹²¹ STRADLING, Robert A., op. cit., pp. 76-77.

Bruselas, le felicitaba (23-VI-1620) por haber logrado la declaración del rey Jacobo I de no apoyar a su yerno. Por su parte, el monarca inglés pedía que Felipe III no ayudase al emperador Fernando II en el enfrentamiento con el elector palatino. Pero como esto no era viable, el conde de Gondomar hubo de negociar con Jacobo I otras concesiones más ventajosas en el proyecto de boda del Príncipe de Gales con la princesa María¹²².”

Igualmente se envió como embajador a Antonio Dávila y Zúñiga, marqués de Mirabel¹²³, a la Francia de Luis XIII, en un intento de revitalizar a la facción prohispanica en un reino cada vez más hostil y que podía desarrollar un papel fundamental en el incipiente conflicto. Reflejo de la importancia de este movimiento diplomático vuelve a dárnoslo en embajador español en Génova Juan Vivas de Cañamás quien informaba al rey de la conveniencia de “tener buenos amigos en Francia para la tranquilidad de España y seguridad de sus empresas”¹²⁴.

Profundamente enfermo y deprimido¹²⁵, Felipe III transmitía a Jerónimo de Florencia sus recelos ante el nuevo valido. Moriría poco después, el 31 de marzo de 1621 dejando el mundo a las puertas del infierno.

Conclusión

El texto presentado abarca un amplio abanico de actuaciones por parte de los ministros de la Monarquía de España (embajadores, gobernadores ...) en un periodo, el de la Pax Hispanica, considerado por los especialistas como el de mayor brillantez de su diplomacia. Eso ha despertado en el autor el interés por el análisis de algunas de las grandes personalidades que influyeron en la geopolítica del momento.

Una de las características indiscutibles del reinado de los mal llamados Austrias Menores es la creación del valido, personificado historiográficamente en la figura del Duque de Lerma. Literariamente fue descrito como una sombra siniestra, más preocupada de su propio beneficio que de la salud de la nación que le había sido confiada por un rey piadoso y despreocupado de las tareas de gobierno.

¹²² MANSO PORTO, Carmen, op. cit., pp. 28-29.

¹²³ OCHOA BRUN, Miguel Ángel, op. cit., p. 61.

¹²⁴ AGS, Estado, leg.1934, f. 47.

¹²⁵ PÉREZ-BUSTAMANTE, Ciriaco y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, op. cit., pp. 125-126.

Por el contrario, los estudios comparados demuestran que la figura de Lerma tiene grandes similitudes con otros primeros ministros de países europeos, siendo una solución más que un problema en tiempos de crisis generalizada. Ello ha permitido obtener una primera conclusión: no puede defenderse el valimiento como el empoderamiento de una camarilla de nobles frente a otra con intereses distintos, con el rey actuando de equilibrio. Lerma llegó al poder al tiempo del ascenso de Felipe III como monarca, con quien formó un verdadero equipo. Hubo que adaptar el proyecto político heredado a las nuevas circunstancias, conservando la integridad de la Monarquía Católica sin el desgaste que suponían guerras innecesarias. Este contexto es estudiado desde los protagonistas de la acción diplomática.

Resulta evidente el apoyo que Felipe III otorgó a Lerma, quien de forma natural trató de instalar a sus partidarios en el poder al tiempo que apartaba a sus rivales, bien haciéndoles caer en desgracia o bien concediéndoles un retiro dorado en una embajada para seguir aprovechando su talento político.

Se han descubierto durante el trabajo prácticas comunes y lógicas dentro de la lucha de poder que no pueden vincularse al éxito o fracaso final de las políticas del valido, sino achacables a multitud de factores. Es importante resaltar cómo Lerma nunca llegó a tener el control completo de la situación, no por fallas de su talento político, sino porque el valimiento fue algo más que el propio valido, con el monarca atento desde la distancia a la dirección del gobierno.

Efectivamente, Lerma gozó de libertad para apartar a sus rivales del poder, quienes a pesar de sus frustraciones, siguieron manteniendo contacto con el rey. Este, dentro de las limitaciones y complejidades de una monarquía como la española, trató de dirigirlos e incluso aprobando, en muchos casos, actitudes agresivas, como expone Carmen Manso Porto.

Hábilmente, Felipe III entiende la situación en la que se encuentra su nación y cuando ve que la Monarquía española está cercana al límite de sus posibilidades, favorece a Lerma y a sus políticas de recuperación.

Posiblemente uno de los mejores ejemplos para comprender la situación sea la misma caída de Lerma, y la serie de decisiones del propio rey como la destitución de un lermista, el marqués de Hinojosa, gobernador de Milán, sustituido por el marqués de Villafranca, conocido reputacionista. Lerma no contaba con un apoyo incondicional, si bien el monarca lo consideró ventajoso tanto para evitar tensiones políticas internas (ya que desaparecieron los antiguos bandos) como para preservar la maltrecha hacienda.

La metodología seguida en este TFG ha permitido este acercamiento a la *Pax Hispanica* con una visión única: las actuaciones de aquellos personajes que en primera línea hicieron posible semejante hito político. Es importante señalar que se ha hecho desde una perspectiva lo más neutral posible, algo que el autor espera haber conseguido, sin atender a una única visión, sino acudiendo a una variada gama de obras.

Lejos de una imagen derrotista a partir de la situación en los Países Bajos, hay algo que marca el periodo político: éxitos tanto en el plano militar como en el diplomático, sin pérdida de territorio. La actuación en ambos planos de la geopolítica permitió: ganar importantes posiciones en el Camino Español; garantizar su predominio en Italia; realizar destacados ataques contra las fuerzas otomanas; contener a Francia en política exterior, y conseguir, no solo resolver la crisis sucesoria de la dinastía, sino renovar la alianza entre las distintas ramas.

Es cierto que a lo largo de todo el recorrido existieron fallos y crisis, destacando especialmente el bochornoso papel de Hinojosa, o la inconsistente recuperación económica. El balance, desde la historia comparada, resulta, sin embargo, positivo, lejos de la decadencia, o al menos, de una situación de decadencia frente al resto de naciones europeas.

Una última conclusión es que este periodo de la historia sigue suscitando gran interés para nuestra historiografía, mereciendo una nueva aproximación sobre todo en materia de geopolítica, si bien muchas otras áreas pueden resultar enormemente esclarecedoras (tal y como demuestran los diversos puntos de vista existentes sobre sus objetivos, parece que esta nueva aproximación ya se encuentra en proceso).

El trabajo ha servido al autor (que espera que se extienda a otros interesados en el tema) para hacer una aproximación a un periodo en proceso de revisión, sirviendo de sencilla pauta para aquellos investigadores que deseen acercarse a este casi cuarto de siglo tan marcado por los arquitectos de la *Pax Hispanica*.

Bibliografía

- ALCALÁ ZAMORA, José N., *España, Flandes y el mar del norte*, Barcelona, Planeta, 1975.
- ALCALÁ-ZAMORA, José y BELENGUER, Ernest (COORDS.), *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001.
- ALLEN, Paul C., *Felipe III y la Pax Hispanica. 1598-1621. El fracaso de la gran estrategia*, Madrid, Alianza, 2001.
- ALLEN, Paul C., *Philip III and the Pax Hispanica, 1598-1621*, London, Yale University Press, 2000.
- ARCÍA HERNÁN, David (ED.): *La Historia sin complejos. La nueva visión del Imperio Español*, Madrid, Actas, 2010.
- BENIGNO, Francesco, *La sombra del rey: Validos y lucha política en la España del siglo XVII*, Madrid, Alianza, 1994.
- BOMBÍN PÉREZ, Antonio, *La cuestión de Monferrato, 1613-1618*, Vitoria, Colegio Universitario de Álava, 1975.
- CABRERA DE CÓRDOBA, Luis y GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1997.
- CANO DE GARDOQUI SINOBAS, José Luis, *La cuestión de Saluzzo en las comunicaciones del Imperio Español (1588-1601)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1962.
- CONTARINI, Simón, y GIL SANJUÁN, Joaquín, *Estado de la Monarquía española a principios del siglo XVII (Manuscrito del siglo XVII)*, Málaga, Algazara, 2001.
- CORRAL CASTANEDO, Alfonso, *España y Venecia, 1604-1607*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1955.
- FEROS, Antonio, *El duque de Lerma*, Madrid, Marcial Pons, 2002.
- GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, HERRERO SÁNCHEZ, Manuel y HUGON, Alain (EDS.), *El arte de la prudencia. La Tregua de los Doce Años en la Europa de los Pacificadores*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes / Universidad Pablo de Olavide, 2012.
- GARCÍA GARCÍA, Bernardo José, *La Pax Hispánica. Política exterior del duque de Lerma*, Leuven, Leuven University Press, 1996.
- MALTBY, William S., *Auge y caída del Imperio Español*, Madrid, Marcial Pons, 2011.
- MANSO PORTO, Carmen, *Don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar (1567-1626): erudito, mecenas y bibliófilo*, A Coruña, Xunta de Galicia, 1996.

- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, *El marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2004.
- MATTINGLY, Garret y DE AREILZA, José María, *La Diplomacia del Renacimiento*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1970.
- OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Embajadas y embajadores en la Historia de España*, Madrid, Aguilar, 2002.
- OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española. La edad barroca, I. Vol VII*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1991.
- PÉREZ BUSTAMANTE, Ciriaco, *Felipe III. Semblanza de un monarca y perfiles de una privanza*, Pamplona, Urgoiti Editorial, 1950.
- STRADLING, Robert A., *Europa y el declive de la estructura imperial española (1580-1720)*, Madrid, Catedra, 1992.
- THOMPSON, I. A. A. y BELTRÁN, Jordi, *Guerra y decadencia: gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560 -1620*, Barcelona, Crítica, 1981.
- TOBÍO FERNÁNDEZ, Luis, *Gondomar y su triunfo sobre Raleigh*, Santiago de Compostela, Bibliófilos gallegos, 1974.
- VV. AA., *Tiempo de paces (1609-2009), La Pax Hispánica y la Tregua de los Doce Años*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Fundación Carlos de Amberes, 2009.
- WILSON, Peter H., *La guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (1618-1630) vol. I*, Madrid, Desperta Ferro, 2018.